

VERA DE BIDASOA, PIO BAROJA, EL CURA DE SANTA CRUZ Y OTROS RECUERDOS

Luis María Jiménez de Aberasturi Corta

Como editor de alguno de los libros de Julio Caro Baroja tal vez mi pequeña aportación a esta publicación tendría que haber sido ceñirme al plano de mis relaciones profesionales con el autor. Lo curioso es que nada llamativo puedo aportar en este terreno, he tenido siempre una ventaja en mi trato con él, su padre fue editor y conoce muy bien nuestro negocio, por lo tanto sólo puedo decir una cosa, yo nunca he tenido problemas con Julio Caro Baroja.

Según comentaba el cura de Azcoitia, Bermejo, mi bisabuelo solía hacer de correo entre los carlistas de Azcoitia y los numerosos exiliados, del mismo bando, en Bayonne. Mi abuelo, que no compartía los ardores políticos de su padre, recuerdo cómo, con cierto reparo y tal vez tratando de inculcarme temor hacia unos hechos y personajes, me enseñó el lugar donde decían que el Cura de Santa Cruz había colgado a sus enemigos, en la iglesia de Vera. La verdad es que a mí me impresionaba más el cementerio de los ingleses adosado a la iglesia o el relato de las aventuras de Leguía. Pero lo cierto es que Pío Baroja y el Cura de Santa Cruz, personajes tan antagónicos, son los recuerdos que tengo grabados, al margen de los puramente infantiles, de mis vacaciones estivales en Vera de Bidasoa.

Cerca del puente de Enderlaza había y hay una casa que creo que pertenecía a la Diputación de Guipúzcoa, cuando íbamos a Vera en autobús, la Guardia Civil tenía un puesto de control en esta casa y todos los viajeros tenían que enseñar el documento de identidad y mercancías, antes de pasar a Navarra. El autobús permanecía detenido durante un cierto tiempo; yo, como la mayoría de los críos, aprovechábamos el descanso para escaparnos del control familiar. Solía fijarme en una torre que estaba situada en el otro lado de la carretera. Su historia me intrigaba y le pregunté por ella a mi aitona. Me contó que el Cura de Santa Cruz había puesto cerco a la torre, que entonces estaba defendida por miembros del cuerpo de carabineros; ante el avance de la partida del Cura, los carabineros hicieron señas de que se rendían y, según la versión de los de la “partida”, al acercarse tranquilamente, los carabineros

aprovecharon la ocasión para efectuarles una descarga que por lo visto les causó algunas bajas. El Cura, furioso, ordenó fusilar a todos los defensores de la torre. Mi aitona continuaba, ahora con un tono de voz socarrona, levantaron más tarde, un poco más hacia Vera que el cuartel de la Guardia Civil de Endarlaza, un monumento a los carabineros muertos. Cuando en el 36 pasaron los requetés hacia Behobia, lo volaron, aunque todo hay que contarlo, años después la lápida fue repuesta —según comentan las gentes del lugar, aprovechando la noche— y allí sigue igual que la torre que tomó la partida del Cura de Santa Cruz.

Cuando llegaba el domingo y una vez realizadas las labores propias del caserío, la familia en pleno solíamos bajar a oír misa en Alzate, después, como acto enclavado dentro de las ceremonias dominicales, íbamos a tomar un caldo al bar que se encuentra al comienzo de la carretera a Ibardin y es allí que mi aitona me señaló a Pío Baroja, que iba tal vez, como tenía por costumbre, con Julio Caro Baroja, aunque este dato yo no lo recuerdo. Para mucha gente de Vera, Pío era el hombre raro, para algo era ateo, lo cierto es que su hábito de introducirse en los caseríos para observar en directo los modos de vida tradicional solía poner nerviosos a los caseros. Aún hoy, entrar en un caserío hasta los lugares donde se hace la vida familiar es una operación que requiere una serie de pasos y si a este intento añadimos la curiosidad de un estudioso tenemos la mezcla perfecta para que el casero nos ponga su peor cara.

Mi aitona, que tenía un cierto humor y era amigo de gastar bromas, observó que Pío Baroja escribía hasta tarde en una determinada habitación de Itxea y no tuvo mejor idea que ponerle a una lechuza que tenía amaestrada un collar con un cascabel en el cuello, luego tomaba el animal y lo lanzaba sobre el árbol cuya rama daba justo al lado de la ventana de Pío y hasta que éste, desesperado por el ruido del cascabel, no abría la ventana para asustar al bicho, los entonces relativamente mozos no paraban de reírse pensando en la broma que estaban gastando al escritor.

Por su parte, mi aita protagonizaba, dentro de la novela “El cura de Monleón”, la historia del seminarista alavés que arrojaba la cesta a sus parientes de Vitoria para que le mandasen comida. El hambre para aquellos jóvenes encerrados en un seminario de Vitoria era una de las numerosas penitencias que tenían que padecer. Pío Baroja, utilizando la información que le facilitó el periodista de Vitoria, Merino, supo reflejar algo de lo que era la vida en el seminario. Por cierto que comentando con don José Miguel de Barandiarán, que fue profesor de mi aita, el tema del hambre que pasaban en el seminario y lo rigurosa que era la disciplina, él me dijo que no era cierto, aunque también, todo hay que decirlo, otro protagonista de los días del Seminario de Vitoria me comentó: “Mira, don José Miguel, lo que se dice comer, no ha comido ni antes ni ahora” y con respecto al tema de la

disciplina, Barandiarán era de los jefes —aunque de los mejores— y nosotros, alumnos.

Recuerdo a un amigo, que por circunstancias especiales no podía volver a su tierra y que solía decir en el exilio: “Mira, para mí la lectura de los libros de Pío Baroja fue como mi primer alimento espiritual. Cuando pueda cruzar la muga me tienes que acompañar a visitar Itzea”. La verdad es que yo le animaba, contándole por menudillo los muchos recuerdos que guarda la casa. El primer día que cruzó la muga y antes de ir a su tierra pasamos por Vera, a la salida de nuestra visita sólo me hizo un comentario, “hoy he sido feliz”.

Yo creo que, de la misma forma que este amigo fue feliz visitando Itzea, los Baroja, los que están en nuestro recuerdo, tienen que ser felices de tener un heredero que haya, no sólo mantenido la tradición intelectual de la familia, sino que con tanto cariño haya sabido guardar vivo el recuerdo de su familia.